

de una ciudad, no encontrar ni un sér instruido y bien educado hasta la ciudad siguiente. Todo intervalo es un desierto, una soledad para la inteligencia (1).

¿Y por qué esta especie de absorción, que arranca a los campos todos los hombres de valer que encierran?

A fin de procurar al Estado todos los funcionarios que necesita para tantos trabajos como creen tener a su cargo los gobernantes franceses: para divertir al público, para explotar las minas, para construir carreteras y puentes y para elevar innumerables edificios, para imprimir libros, para favorecer las bellas artes, para vigilar tal comercio, para inspeccionar tal industria, para hacer, en fin, esas mil y unas cosas que el Estado hace en Francia.

Y para reclutar el ejército de funcionarios que necesita, se ha de descuidar la agricultura. Para mejor velar por ciertas conveniencias sociales, déjase a un lado la primera necesidad de la sociedad. Se debilita la verdadera base sobre la cual reposa la existencia de la nación, a fin de asegurarse algunas ventajas, de las cuales se podría prescindir.

¿No teníamos razón al decir que, hasta el día en que una necesidad se satisface espontáneamente, debiera dejársela a un lado?

Aquí se revela a nosotros el lazo de parentesco que une dos mentiras: la una que se ha envuelto en esa fe en la intervención del Estado; la otra cuya justicia acaba de ser hecha por la agitación en favor del libre cambio.

En todos los aparatos inventados por el legislador para alcanzar los fines que sin eso no serían logrados, se encuentra, aunque bajo una más sutil forma, la idea en que se inspiran los proteccionistas. La cual es la misma política de vista corta que, por un lado,

---

(1) *Morning Chronicle*, agosto de 1851.